

Información y conflictos bélicos en la era de Internet

Manuel R. Torres Soriano
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

Este capítulo pretende ser una nueva aportación al tradicional debate sobre el papel de la información y la comunicación en el desarrollo de la guerra, centrándose en las enormes repercusiones que ha tenido la generalización de las nuevas tecnologías de la información (en especial Internet) en la conducción y el desarrollo de los conflictos bélicos de la actualidad. Se mantiene la hipótesis de que la aparición de este nuevo recurso tecnológico, lejos de ser un mero refuerzo del componente informativo de los conflictos armados, ha generado un amplio abanico de transformaciones sociales y políticas, cuya importancia está aún por sistematizar. Este trabajo ofrece algunas claves que permiten entender la lógica de este nuevo contexto social y tecnológico, y cuáles son sus previsibles repercusiones para la estrategia bélica en la «era de Internet».

1. INTRODUCCIÓN

Tratar de detectar tendencias en la evolución del fenómeno bélico es una tarea tremendamente difícil. La historia de la guerra está salpicada de continuos giros y episodios desconcertantes que contradicen lo que hasta ese momento se consideraban los elementos invariables de todo conflicto bélico. Probablemente, la única certeza que podemos extraer de esa visión de conjunto es lo arriesgado que puede resultar formular juicios sobre si existe algún tipo de sentido en la evolución de la violencia organizada.

Sin embargo, más allá de reflexiones antropológicas sobre la relación entre violencia y naturaleza humana, es posible vislumbrar algunas tendencias que han permanecido constantes a lo largo de los últimos siglos. Una de las más destacables es el creciente papel que ha desempeñado la gestión de la información en el desenlace, e incluso en la propia naturaleza de cualquier enfrentamiento armado.

La guerra ha sido una actividad ubicada no solamente en el espacio «físico» del campo de batalla, sino también en el ámbito «inmaterial» de la comunicación y las percepciones populares. Incluso aquellos regímenes políticos y grupos sociales que más han despreciado el valor individual de la vida humana (no sólo del enemigo, sino incluso la de sus propios combatientes), han tenido que recurrir, sin excepción, a algún tipo de utilización estratégica de la comunicación.

La expresión mínima de estos planteamientos apuntaba hacia la necesidad de mantener y acrecentar la moral de las propias fuerzas, al tiempo que se erosionaba la voluntad de combatir del enemigo. Aunque durante gran parte de la historia bélica, las actividades comunicativas y propagandísticas han sido contempladas por los estrategas militares como elementos secundarios y meros refuerzos de una estrategia centrada en la destrucción física del enemigo, lo cierto es que su importancia no ha cesado de crecer al tiempo que la guerra ganaba en complejidad.

Hay dos factores principales que explican ese creciente papel de la información como recurso bélico:

En primer lugar, la capacidad del desarrollo tecnológico para transformar y potenciar las actividades comunicativas. Al tiempo que los avances científicos transformaban la esencia de la guerra, incrementando exponencialmente su letalidad, alcance y sofisticación, se producía un desarrollo paralelo de aquellas tecnologías con una incidencia directa en la comunicación y el conocimiento. Las sucesivas innovaciones técnicas han afectado positivamente en la comunicación interpersonal incidiendo en tres componentes principales:

- 1) Reduciendo el tiempo de transmisión de la información, hasta conseguir trasladar cantidades masivas de información en fracciones de segundo.
- 2) Minimizando el coste económico de la comunicación hasta hacerla extensiva a una amplia mayoría de la población del planeta.
- 3) Incrementando el ámbito y complejidad de las mismas.

Los sociólogos bautizaron como «sociedad de la información» a un entorno moldeado por estas tendencias. Los nuevos instrumentos de comuni-

cación no sólo han potenciado hasta lo indecible formas pasadas de comunicación, sino que también han facilitado la aparición de otras totalmente novedosas. Las emisiones de televisión vía satélite, la telefonía móvil, el abaratamiento de los equipos informáticos, de filmación y retransmisión de información, etc., han sido los detonantes de un conjunto de transformaciones en la economía, las relaciones sociales, la cultura, la política, etc., que nos llevan a hablar de un nuevo modelo de sociedad, caracterizado por un vertiginoso ritmo de transformación. Estas nuevas tecnologías de la información han dado cada vez mayor consistencia al concepto de «aldea global» de Marshall McLuhan:¹ hoy, más que nunca, cobra realidad la idea de que el mundo ha podido desembarcar en una etapa donde las tradicionales barreras geográficas y políticas han sido devaluadas. Un escenario donde es posible que el individuo desarrolle la idea de pertenencia a una comunidad global, a través de las infinitas posibilidades de interconexión que le ofrecen estos recursos tecnológicos.

Sin embargo, si bien el «polo tecnológico» es fundamental para entender la creciente importancia de información en los conflictos, no menos importante es entender la transformación de los valores sociales y el desarrollo filosófico y moral que ha potenciado el valor del individuo, y por extensión ha transformado el modo de conducir la guerra. Si bien es cierto que en fechas tan relativamente «recientes» como la Segunda Guerra Mundial se superaron todos los registros históricos de víctimas ocasionadas por la guerra, lo cierto es que este dramático episodio supuso un punto de inflexión en la reconsideración del papel del individuo dentro de la guerra. A pesar de que las nuevas armas ofrecían una capacidad destructiva cada vez mayor, la sociedad empezó a mostrar una mayor aversión no sólo a las bajas propias, sino incluso a los daños ocasionados al enemigo. De ese modo, si la «era industrial» originó armas diseñadas para lograr cada vez más una destrucción mayor (hasta llegar a su grado máximo con las armas nucleares), las armas del presente y del futuro se han inspirado en la idea de lograr: «una precisión absoluta, una destrucción individualizada y un “daño colateral” mínimo».²

¹ McLuhan, Marshall y Powers, Bruce R. (1989): *The Global Village: Transformations in World Life and Media in the 21st Century*, Nueva York, Oxford University Press.

² Toffler, Alvin y Heidi (1994): *Las guerras del futuro*, Barcelona, Plaza & Janes, p. 101. Así, por ejemplo, este libro recoge cómo en la actualidad un solo cazabombardero F-117, que realice una única salida y lance una única bomba, puede conseguir lo que la durante la Segunda Guerra Mundial exigía que numerosos bombarderos B-17 efectuaran 4.500 salidas y lanzasen 9.000 bombas, o 965 salidas y 190 bombas durante la guerra de Vietnam.

Progresivamente, el soldado empezó a dejar de ser considerado un mero engranaje en la maquinaria militar. Los líderes militares se vieron sometidos a mayores restricciones a la hora disponer de la vida de sus subordinados, y el poder político se mostró mucho más reacio a perseguir determinados objetivos que exigirían el inicio de nuevas conflagraciones bélicas. Los decisores políticos y militares pronto descubrieron que su propia fortaleza militar estaba vinculada a la identificación de sus tropas con los objetivos de la guerra. Mantener elevada la moral de la tropa no era ya sólo el producto de la mayor o menor generosidad presupuestaria de los gobiernos hacia sus militares, sino que empezó a adquirir cada vez más un componente de persuasión política. Más allá del recurso a la disciplina militar, los gobiernos se encontraron en la apremiante necesidad de conseguir que sus propios soldados percibiesen como legítimas y necesarias las misiones encomendadas.

La mentalidad de este nuevo individuo-soldado chocaba frontalmente con las estrategias bélicas seguidas hasta el momento. Así, por ejemplo, a finales del siglo XX resultaba totalmente inconcebible que los líderes militares de cualquier país hubiesen podido imponer una filosofía de enfrentamiento como la tuvo lugar en la última etapa de la Primera Guerra Mundial, donde las potencias aliadas, conscientes de su superioridad demográfica, pretendían la derrota de Alemania basándose en una «guerra de desgaste», consistente en el intercambio de un soldado propio por uno enemigo, hasta que la práctica extinción de sus tropas hiciese materialmente imposible seguir combatiendo.

2. LA CRECIENTE CENTRALIDAD DE INFORMACIÓN

La gestión de la información sobre el conflicto empezó a convertirse en un recurso crucial, no sólo por su utilidad para conseguir una movilización efectiva de la propia fuerza, sino porque el «centro de gravedad» del conflicto se reubicó en la opinión pública de cada uno de los contendientes. La Segunda Guerra Mundial hizo saltar por los aires la tradicional distinción entre combatientes y no combatientes, y convirtió en mera retórica las restricciones legales existentes sobre los objetivos legítimos de las acciones armadas. En una época de guerra total, la población se convirtió en el sustento material del esfuerzo bélico, y en este sentido, destruir o neutralizar la población del enemigo permitía paralizar también su maquinaria militar.

La información, convertida en propaganda ofensiva o defensiva, se convirtió así en un recurso crucial para lograr erosionar la moral de combate

del enemigo, concienciar a la propia población sobre la necesidad de soportar el esfuerzo bélico, o simplemente tratar de asentar entre la ciudadanía un relato de la realidad que legitimase la propia posición.

La creciente importancia de la información ha sido el origen del deseo de políticos y militares por controlar e integrar en su estrategia, los diferentes flujos de información sobre la guerra. Según Philip Taylor, uno de los académicos que más ha estudiado este fenómeno: «Si la guerra es esencialmente un comunicación organizada de la violencia, la propaganda y la guerra psicológica son esencialmente procesos organizados de persuasión».³ Sin embargo, la información ha demostrado ser un recurso esquivo, difícilmente manejable, y en ocasiones con efectos contradictorios. La guerra no sólo ganó en complejidad, debido a la dificultad que suponía integrar de manera efectiva los nuevos y sofisticados sistemas de armas, sino también por la dificultad que entrañaba entender la lógica de los flujos de información y su efecto sobre las diferentes audiencias implicadas en el conflicto.

El componente mediático se ha convertido en una de las variables centrales de cualquier análisis que pretenda desentrañar las causas, dinámicas y resultados de un enfrentamiento bélico. Así, por ejemplo, la intervención estadounidense en Vietnam ha sido considerada por muchos como la primera «guerra televisada»: un elemento cuya lógica no fue correctamente asimilada por los estrategas estadounidenses. Los periodistas y cámaras de televisión tuvieron pleno y libre acceso al campo de batalla, y sus crónicas terminaron erosionando la imagen y legitimidad de una intervención militar carente de unos objetivos claros. Según los propios mandos militares, la incapacidad para adaptarse a esta nueva faceta informativa del conflicto resultó nefasta, ya que fue la principal causa de que la opinión pública se volviese en contra de los objetivos de la guerra y desapareciera así la posibilidad de resultar victoriosos, a pesar de la desbordante superioridad militar americana.⁴

La importancia del factor informativo ha llevado incluso a algunos autores a hablar de una «nueva lógica geopolítica», enfatizando cómo determinadas innovaciones tecnológicas tienen la capacidad para transformar nuestros cálculos sobre el elemento central del conflicto. Así, por ejemplo, la aparición del avión militar devaluó la importancia de los accidentes geo-

³ Taylor, Philip M. (2003): *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Era*, Manchester, Manchester University Press, p. 9.

⁴ Hoge, James F. Jr. (1994): «Media pervasiveness», en *Foreign Affairs*, vol. 73, n.º 4, julio-agosto, pp. 136-144.

gráficos como barrera ante acciones hostiles de terceros países, anulando la lógica del poderío marítimo. Cuando los misiles balísticos hicieron del espacio exterior un medio del conflicto, ello permitió que las grandes potencias pudiesen amenazarse directamente, y convirtió el planeta en un único «tablero de juego» donde cualquier conflicto, por muy localizado geográficamente que estuviese, podía ser un posible iniciador de un terrible enfrentamiento global. En esta línea, las potencialidades de las nuevas tecnologías de la información dibujan una nueva lógica geopolítica que aún está por definir y sistematizar.⁵

El pensamiento estratégico de las últimas décadas ha tenido como una de sus principales misiones la investigación en torno a las imprevisibles consecuencias que para el desarrollo de la guerra iba a tener la introducción del campo de batalla dentro del hogar de cada ciudadano.

Los primeros cálculos sobre las consecuencias que para la guerra iba a tener la emergencia de la «sociedad de la información» estuvieron centrados principalmente en el poder de la televisión. El poder de la imagen y la credibilidad que se otorga a todo aquello «que se puede ver» convirtió a la televisión en el medio favorito de los ciudadanos, a la hora de informarse y formarse una opinión acerca de los conflictos bélicos. El enorme poder del medio televisivo a la hora de conformar los imprescindibles apoyos populares que exige toda guerra originó que la televisión pasase de ser un privilegiado testigo, a convertirse en un actor más de la contienda. Según las palabras de Boutros Boutros-Ghali, antiguo secretario general de la Organización de Naciones Unidas: «Hoy en día, los medios no simplemente cubren las noticias. La televisión se ha convertido en parte de los eventos que cubre».⁶

Los modernos medios de información, al igual que sus predecesores, no se han limitado a ofrecer una aséptica descripción de los hechos de la guerra, sino que todos ellos han llevado a cabo una reinterpretación de los mismos bajo un particular «enfoque»:⁷ una construcción activa, selección y estructuración de la información, para que una realidad particular esté llena de sentido para el espectador. Los medios toman determinados aspectos de un asunto particular de forma más preeminente, en orden a promover una definición de un determinado problema, un juicio moral y una reco-

⁵ Libicki, Martin (1996): «The Emerging Primacy of Information», en *Orbis*, vol. 40, n.º 2, primavera, 1996, pp. 261-276.

⁶ Citado en: Taylor, Philip M. (1997): *Global communications, International Affairs and the Media since 1945*, Nueva York, Routledge, p. 93.

⁷ Norris, Pippa; Montague, Kern y Just, Marion (eds.) (2003): *Framing Terrorism. The News Media, the Government, and the Public*, Nueva York, Routledge.

mendación frente al problema planteado. Los medios de comunicación no son meros conductos de transmisión de una información que llega al público en «estado bruto», sino que tienen un papel activo en la construcción de la noticia, lo que hace que los hechos sean comúnmente comprendidos a través de marcos explicativos que simplifican, priorizan y estructuran el flujo narrativo de los eventos.

Cualquier contendiente que desee incidir en el relato que alimenta el conflicto se ve en la irremediable necesidad de adaptar su discurso a las exigencias del «espectáculo mediático». La televisión tiene su propio lenguaje, y cualquier mensaje que no sea traducido a este código tiene escasas posibilidades de concitar la atención de unos canales de comunicación que se han convertido en las arterias que alimentan y mantienen cohesionada esta nueva «aldea global». Según el antiguo responsable militar de relaciones con los medios, durante la misión internacional de los años noventa en la antigua Yugoslavia: «No importa lo brillante que tú luches, lo que importa es cómo lo envuelvas».⁸

La importancia de lo «mediático» ha corrido paralela a la desmovilización de recursos humanos en los conflictos bélicos del presente. El carácter tecnológico y profesionalizado de los ejércitos de occidente ha hecho innecesaria la generación de grandes masas de combatientes para sostener el esfuerzo de la guerra, algo que según el historiador canadiense Michael Ignatieff ha dado lugar a auténticas «guerras virtuales».⁹ Conflictos que se convierten en virtuales, no sólo porque el principal teatro de operaciones es la pantalla de televisión, sino porque «recluta a la sociedad virtualmente». Los objetivos bélicos son mucho más limitados, no está en juego la propia supervivencia de la sociedad, lo que determina que para muchos ciudadanos la guerra se convierta en un espectáculo alejado de riesgos. Aunque el ciudadano-espectador se convierte en la base que legitima y hace posible que el Estado utilice la fuerza, los vínculos que le unen al esfuerzo de la guerra son mucho más débiles, lo que hace que su implicación sea susceptible de ser modificada a través de la información. La unanimidad que concitó el inicio de la guerra puede convertirse en apatía, cuando la relevancia mediática de la guerra decrece, cuando la realidad de la guerra contradice los motivos que dieron origen a la misma, o cuando un «actor mediático» ha sido capaz de imponer su particular relato de la realidad. La

⁸ Combelles Siege, Pascale (1998): *Target Bosnia: Integrating Information Activities in Peace Operations*, Washington D.C., CCRP/NDU, p. 1.

⁹ Ignatieff, Michael (2001): «Guerra virtual», en *Los ojos de la guerra*, Barcelona, Random House Mondadori, p. 536.

gestión de la comunicación y la información se convierte así en el elemento que determina el destino del conflicto.

La hegemonía de la televisión a la hora de formar las percepciones de la opinión pública tuvo una repercusión inmediata en el desarrollo y planeamiento de las operaciones bélicas. La velocidad inherente a estos canales de información significó una progresiva pérdida del control de los gobiernos sobre sus estrategias. El «tiempo televisivo» forzó a las élites políticas a reaccionar con mayor celeridad ante las demandas de unos ciudadanos capaces de tener un conocimiento (casi instantáneo) de determinados acontecimientos. El famoso «efecto CNN» es un concepto acuñado no sólo para describir la nueva presión temporal a la que se vieron sometidos los decisores, sino también para explicar cómo muchas de las decisiones adoptadas en el marco de estas presiones mediáticas y populares suelen ser respuestas incompletas y mal planificadas.¹⁰

La primacía de los nuevos canales de información ha estado directamente relacionada con el progresivo deterioro del poder efectivo del Estado. Las instituciones tradicionales han tenido que compartir el escenario político con un número mayor de actores, cuyo origen y capacidades han sido el resultado de las inagotables posibilidades que ofrecen estas nuevas tecnologías. Que el espacio mediático se haya convertido en uno de los principales escenarios donde se ubica la disputa política determina que los actores más influyentes y poderosos serán aquellos capaces de entender la lógica y exigencias de este medio, algo especialmente difícil para una estructura basada en los principios de jerarquía y burocratización de sus procesos. Los entes gubernamentales se encontraron en pie de igualdad con otros actores de naturaleza asimétrica. Los tradicionales cálculos sobre el poder basados en la cuantificación de los recursos económicos, militares y jurídicos se han mostrado claramente insuficientes ante la importancia creciente del componente comunicativo a la hora de entender cuál puede ser el desenlace de un conflicto en la era de la información.¹¹

¹⁰ Robinson, Piers (1999): «The CNN effect: can the news media drive foreign policy?», en *Review of International Studies*, n.º 25, pp. 301-309.

¹¹ Wenger, Andreas (2001): «The Internet and the Changing Face of International Relations and Security», en *Information & Security*, vol. 7, pp. 5-11; Nye, Joseph S. (2003): *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus.

3. LA EMERGENCIA DE INTERNET Y SUS EFECTOS SOBRE LOS CONFLICTOS BÉLICOS

La centralidad de la información en la guerra se ha visto acentuada como consecuencia de la generalización de Internet como instrumento de conocimiento y comunicación humana. La red de redes no es una manifestación más de este abanico de tecnologías potenciadoras de la información, sino que ha permitido alumbrar nuevas formas de comunicación con profundos efectos en el ámbito de los conflictos bélicos. Éstas son algunas de sus principales manifestaciones:

3.1. Devalúa la importancia de las comunidades políticas tradicionales

Internet permite eliminar la dependencia del individuo hacia su ámbito vivencial más inmediato, ofreciéndole la oportunidad de tomar como referencia a comunidades humanas ubicadas a miles de kilómetros. La posibilidad de interactuar con otras personas, socializarse, adoptar hábitos y actitudes y moldear la propia identidad dentro de un grupo de referencia ya no está circunscrita a aquellos grupos humanos con los que puede tener un contacto directo y continuado. La Red permite evadir todas esas restricciones físicas y generar incluso un volumen superior de interacciones con una comunidad global que no necesita ni de una ubicación geográfica concreta, y ni siquiera de un conocimiento físico entre ellos. Estas nuevas «comunidades virtuales»¹² tienen una capacidad de movilización aún mayor, ya que la adscripción del individuo a las mismas no es fruto de hecho accidental como el nacimiento y una socialización posterior, sino que es el resultado de un acto voluntario de elección, y por lo tanto, es presumible que el grado de implicación del sujeto debe ser mayor.

Estas nuevas comunidades sociales ubicadas en el ciberespacio no implican la desaparición de los tradicionales elementos de movilización política y conformación de la propia identidad. Antes bien, los factores religiosos, étnicos, ideológicos y nacionales pueden verse reforzados, pero

¹² Según el sociólogo Manuel Castell, comprender las nuevas formas de interacción social en la era de Internet exige redefinir el significado de comunidad, quitando trascendencia a su componente cultural y haciendo énfasis en la función de apoyo que cumplen para individuos y familias para no limitar su existencia social a una sola modalidad de acción material. Por tanto, las comunidades podrían ser entendidas como redes de lazos interpersonales que proporcionan sociabilidad, apoyo, información, un sentimiento de pertenencia e identidad social. Castells, Manuel (2001): *La galaxia Internet*, Barcelona, Areté, p. 148.

proyectándolos más allá de las tradicionales demarcaciones geográficas. De ese modo, un sujeto que posea una identidad religiosa o étnica minoritaria en su ámbito local puede escapar de ese sentimiento de marginalidad volcándose en la «interacción virtual» con otros sujetos procedentes de comunidades mayoritarias en otros países.

Sin embargo, esta ventana de oportunidad, lejos de reforzar el agrupamiento y el sentimiento de unidad de determinadas comunidades sociales, supone un enorme incentivo para la diferenciación dentro de cada uno de estos grupos. De hecho, cuanto más nos integramos más nos diferenciamos:¹³ la Red potencia y magnifica los rasgos más nimios de diferenciación dentro de cada grupo, ya que las interacciones a nivel global permiten agrupar y otorgar un sentimiento de multitud a los individuos que con anterioridad permanecían dispersos y sin posibilidades reales de conocimiento e interacción. Internet permite formar esa «masa crítica» que hace viable determinadas formas de activismo político y social, la construcción de nuevas reivindicaciones, o el protagonismo de determinados grupos como actores globales.

La consecuencia más evidente de este fenómeno en el ámbito de los conflictos bélicos es la pérdida de importancia del Estado-nación como comunidad de movilización y justificación de los conflictos bélicos del futuro. A medida que la lealtad e identidad política del individuo se vaya desplazando desde el Estado hacia nuevas comunidades ubicadas en el ciberespacio, será más difícil que las instituciones políticas tradicionales puedan lograr, no sólo la identificación ciudadana con los objetivos de la guerra, sino incluso la movilización humana y material que exige el esfuerzo bélico. El Estado tendrá cada vez más problemas para lograr, a través de la invocación de grandes principios y abstractos intereses nacionales, la movilización de un grupo tan heterogéneo y plural como diferentes comunidades nacionales del presente. Por el contrario, aquellas comunidades globales conformadas en virtud de la voluntariedad y homogeneidad identitaria de sus miembros tendrán todos los requisitos para lograr la «cibermovilización»¹⁴ que exigen las guerras del futuro. Ésta abre el camino a una conflictividad mayor en el mundo del futuro, ya que Internet no sólo origina la aparición de un número de grupos dispuestos a recurrir al conflicto armado para alcanzar sus objetivos, sino que la Red facilita enormemente la viabilidad y durabilidad de los mismos.

¹³ Naisbitt, John (1994): *Global Paradox*, Nueva York, William Morrow and Company, Inc, p. 20.

¹⁴ Kurth Cronin, Audrey (2006): «Cyber-Mobilization: The New *Levée en Masse*», en *Parameters*, verano, pp. 77-87.

3.2. Difumina la diferencia entre audiencia propia y audiencia enemiga

Con anterioridad a la aparición de los medios de comunicación de alcance global, toda estrategia de comunicación en tiempos de guerra partía de la existencia de diferentes audiencias perfectamente diferenciadas y sin contacto entre ellas. En este sentido, era posible elaborar múltiples mensajes con diferentes objetivos, en función de si sus destinatarios eran la propia población, el enemigo, o una audiencia neutral. La escasa permeabilidad de estos grupos humanos permitía, no sólo elaborar discursos adaptados a las características del receptor, sino también mantener diferentes relatos que podían ser contradictorios entre sí. Las limitaciones técnicas y geográficas hacían improbable que el mensaje alcanzase a una audiencia distinta a la perseguida, y por tanto era posible abordarlas como compartimentos estancos.

Sin embargo, la aparición de los canales de televisión vía satélite complicó enormemente este escenario, ya que supuso el esbozo de una única audiencia global, a la que ya no era posible alcanzar de manera individualizada. Esta tendencia alcanzó su máximo desarrollo con la generalización de Internet. Aquellos mensajes persuasivos elaborados en clave religiosa, cultural o ideológica podían ser completamente contraproducentes si alcanzaban a una audiencia ajena a esos códigos. Así, por ejemplo, inmediatamente después de los atentados de septiembre de 2001, el presidente norteamericano George W. Bush calificó deliberadamente a la nueva ofensiva estadounidense contra los terroristas como una «cruzada», un término que ante una audiencia occidental evoca la idea de un esfuerzo colosal que debía ser emprendido en pro de un objetivo noble. Sin embargo, ese mismo discurso originó de manera simultánea una fuerte reacción hostil en el mundo arabo-musulmán, como consecuencia de las nefastas connotaciones asociadas a la idea de una cruzada. Hablar de cruzada en estos países significa evocar uno de los periodos más conflictivos de la historia islámica. Lejos de las nociones de heroico idealismo que los occidentales atribuyen a los guerreros cruzados, para el musulmán medio las cruzadas son la máxima expresión de la agresión cristiana contra el islam. Asociar la nueva política exterior estadounidense al concepto de cruzada no sólo fue aprovechado por el islamismo más radical para reforzar su discurso de enfrentamiento contra Occidente, sino que también originó una indignada respuesta por parte de los musulmanes moderados que habían condenados los ataques del 11-S. Aunque la administración estadounidense trató de corregir rápidamente este error, el daño ya estaba hecho, como lo demuestra el hecho de que años después los grupos yihadistas continuasen denun-

ciando el carácter básicamente anti-musulmán de la política estadounidense basándose en estas desafortunadas declaraciones.

La generalización de Internet implica, por tanto, una nueva filosofía a la hora de entender la comunicación política. Adaptarse a las consecuencias que tiene para el acto de la persuasión política, la emergencia de una nueva audiencia global, con una identidad diluida, y sin unos rasgos claros que permitan apelar a ninguna clave cultural o identitaria, es una tarea enormemente compleja. Conseguirlo no sólo implica ser capaces de elaborar mensajes que no alberguen contenidos susceptibles de originar efectos no deseados, sino también acometer un nuevo diseño institucional que permita ser eficaces en la gestión de la información.

3.3. Los aspectos tácticos adquieren repercusiones estratégicas

La disponibilidad o no de imágenes se han convertido en un elemento crucial en el desarrollo del enfrentamiento armado. Las sociedades de la era de Internet están imbuidas en la llamada «cultura de la imagen», la credibilidad que se otorga a todo aquello que se puede ver es muy superior a la que se otorga al lenguaje verbal. Como señala el politólogo italiano Giovanni Sartori: «No importa que la imagen pueda engañar aún más que las palabras [...]. Lo esencial es que el ojo cree en lo que ve; y, por tanto, la autoridad cognitiva en la que más se cree es lo que se ve. Lo que se ve parece “real”, lo que implica que parece verdadero».¹⁵

Los medios de comunicación tratan de cubrir la realidad de la guerra enfatizando aquellos elementos que mejor se adaptan al lenguaje audiovisual. Sin embargo, esto supone sobredimensionar la faceta más inusual de los enfrentamientos armados. Una revisión de los relatos y memorias de los veteranos de guerra nos permite comprobar cómo la guerra está compuesta mayoritariamente por largos periodos de rutina¹⁶ y acciones que sólo tienen significado en un contexto más amplio, y por tanto las imágenes que generan carecen de sentido en sí mismas.

Los medios se ven abocados a perseguir aquellos eventos que generan un material audiovisual que se adapta con facilidad a los estándares de la «cultura de la imagen». La consecuencia será, por tanto, que la opinión pública elabora sus juicios sobre el conflicto basándose principalmente en un tipo de sucesos, que *a priori* pueden carecer de significación estratégi-

¹⁵ Sartori, Giovanni (1998): *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, p. 72.

¹⁶ Taylor (1997): *op. cit.*, p. 102.

ca.¹⁷ Sin embargo, una vez que han sido adaptados y reinterpretados por los medios de comunicación, adquirieron un significado y una importancia radicalmente distinta.

Un ejemplo de la importancia de este tipo de eventos puede apreciarse en el desarrollo de la intervención militar de Estados Unidos en Irak en 2003. Las operaciones destinadas a derrotar al ejército iraquí y derrocar el régimen de Saddam Hussein pueden catalogarse de modélicas, desde un punto de vista estrictamente militar. En un periodo de tiempo sorprendentemente breve (apenas 40 días), el ejército americano fue capaz de colapsar la cadena de mando iraquí, derrotar a las unidades enemigas que decidieron entablar combate y conseguir la disolución espontánea de la gran mayoría de las unidades iraquíes, que durante todo el conflicto permanecieron desorientadas y desconcertadas. Todo ello se pudo alcanzar con un número de tropas y bajas propias, tremendamente reducido, si tenemos en cuenta los parámetros de guerras anteriores. Sin embargo, durante el desarrollo de las operaciones, el ejército americano tuvo dificultades para proyectar a la opinión pública ese éxito, debido principalmente al tratamiento mediático que recibieron determinados episodios menores del conflicto.

Un buen ejemplo de este tipo de eventos mediáticos fue la emboscada sufrida por una columna logística americana el 23 de marzo de 2003. Un grupo de vehículos de abastecimiento de las unidades de combate erró su ruta y se adentró en las inmediaciones de la ciudad de Nasiriya, un territorio todavía dominado por el ejército iraquí. Este grupo fue duramente atacado por un número superior de soldados enemigos. Durante el ataque murieron once soldados americanos, y otros cinco fueron capturados vivos, entre ellos dos mujeres. Al poco tiempo, la cadena de televisión árabe *Al Jazeera* difundía las imágenes de los vehículos destruidos, los soldados caídos y los militares hechos rehenes. Estas imágenes, que pronto fueron replicadas en los propios medios domésticos, supusieron un serio revés para la credibilidad de la intervención. La ciudadanía empezó a albergar dudas sobre cuál sería la duración y el coste final en términos de vidas americanas de una guerra que se había ofrecido a la opinión pública como rápida e incruenta.

Sin embargo, las conclusiones que se podían desprender de las imágenes no eran acordes a la verdadera importancia de este episodio. La emboscada de este pequeño convoy integrado por tropas con escaso adiestramiento no afectaba en absoluto al desarrollo del avance militar

¹⁷ Payne, Kenneth (2005): «The Media as an Instrument of War», en *Parameters*, primavera 2005.

americano.¹⁸ De hecho, la desorientación de las columnas de suministro era en buena parte resultado del éxito de la intervención. La enorme rapidez del avance americano hacia el interior del país había hecho imposible delimitar con claridad cuál era el territorio que había sido «controlado» y cuáles las zonas donde todavía era posible encontrar elementos hostiles.

Los mandos militares y políticos se vieron abocados a superar este contratiempo mediático con otro evento de esta naturaleza: el «rescate de la soldado Lynch»: una semana después, la colaboración de un iraquí permitió conocer el lugar donde se hallaba retenida una de las soldados hechas rehenes durante la emboscada. El Pentágono puso en marcha una operación de rescate a manos de fuerzas especiales que protagonizaron un «espectacular» asalto al hospital donde se encontraba la militar. Toda la operación fue filmada por las propias fuerzas de asalto. Los medios inundaron sus noticiarios con imágenes donde se podía apreciar cómo los compañeros de la soldado portaban su camilla hasta el helicóptero que la sacaría de su cautiverio. Las cadenas pronto se hicieron eco de los detalles que el ejército proporcionó sobre la resistencia heroica de la soldado antes de ser atrapada, al igual que las vejaciones y torturas que había padecido en su cautiverio.

Tras ser repatriada a Estados Unidos y ser condecorada por su valor, pronto empezaron a conocerse detalles que contradecían muchos de la información que se había aportado sobre este «heroico» episodio. Buena parte del enorme despliegue militar había sido innecesario, ya que la soldado permanecía en un hospital que desde hacía días había sido abandonado por unas tropas en desbandada. La propia Jessica Lynch empezó a acusar al Pentágono de «fabricar una historia»: la soldado no había disparado un solo tiro durante el asalto, debido a que había quedado inconsciente tras el choque del vehículo que conducía, y durante gran parte de su cautiverio permaneció en esta situación, lo cual hizo también imposible los supuestos interrogatorios y torturas a los que había sido supuestamente sometida.

Este episodio nos permite comprobar la importancia que ambos contendientes atribuyen a las «operaciones de información», las cuales se conciben como auténticos golpes y contragolpes, con un efecto real sobre el desenlace del conflicto. Los ciudadanos extraen consecuencias del supuesto significado que portan determinadas imágenes, lo que convierte en una «necesidad» la obtención de material audiovisual que refuercen la propia

¹⁸ Jordán, Javier y Calvo, José Luis (2005): *El nuevo rostro de la guerra*, Pamplona, Eunsa, p. 210.

posición en el conflicto, al tiempo que se intenta dificultar la difusión de aquellas otras imágenes que dañan el propio discurso.

La generalización de Internet ha reforzado esta tendencia a través de un doble efecto:

- a) Por un lado, aumenta exponencialmente la disponibilidad de ese tipo de materiales, ya que la red permite evadir la intermediación de todos aquellos actores que en el pasado ejercían de «filtradores» de lo que adquiriría difusión y aquello que no. Los medios de comunicación de masas han perdido su posición de preeminencia a la hora de seleccionar el tipo de materiales que serán conocidos por la sociedad. La Red permite establecer un contacto directo entre el difusor y un público destinatario potencialmente ilimitado. De hecho, diferentes estudios¹⁹ reflejan cómo la información diseminada a través de Internet recibe una mayor credibilidad que cuando esa misma información es recibida a través de otro medio de comunicación distinto. La Red goza de un halo de credibilidad y ausencia de censuras, lo que la convierten en el principal recurso de información para todas aquellas personas concienciadas del omnipresente sesgo político e ideológico de los medios de masas tradicionales. Esta realidad ha determinado que los medios, lejos de ser los únicos actores que marquen los tiempos del relato y los temas que se incorporarán a la agenda del conflicto, con cada vez mayor frecuencia han tenido que hacerse eco determinadas noticias que han tenido su origen y desarrollo en Internet.
- b) La red ha multiplicado el número y la naturaleza de los actores que participaran en este proceso horizontal de comunicación. El abaratamiento, fácil manejo y disponibilidad de los modernos medios de filmación y distribución *on line* de imágenes hace posible que cualquiera pueda realizar su particular contribución al relato del conflicto. Esto supone una enorme pérdida de control por parte de los actores estatales. La red hace inútil cualquier intento de las instituciones políticas por controlar y limitar los flujos de información sobre el conflicto. Carece de sentido, por tanto, que el Estado trate de ejercer un control sobre la labor informativa de los medios limitando su acceso a determinados escenarios, cuando los princi-

¹⁹ Corman, Steven R.; Hess, Aaron & Justus, Z. S. (2006): «Credibility in the Global War on Terrorism: Strategic Principles and Research Agenda», *Consortium for Strategic Communication - Arizona State University*, Report #0603, (June 9).

pales productores de contenidos audiovisuales han dejado de ser los periodistas, son sólo uno más de los diferentes actores que pueden informar sobre el conflicto. Las nuevas tecnologías de la información, y en especial Internet, han propiciado la emergencia de multitud de potenciales «relatores» del conflicto. Especial atención merece el llamado «soldado-periodista». Hoy día cualquier combatiente desplegado tiene acceso a una serie de medios tecnológicos de impacto potencialmente estratégico:²⁰ cámaras digitales, equipos de filmación, teléfonos móviles, ordenadores portátiles, blogs, correo electrónico, etc. Así por ejemplo, una encuesta de 2004 evidenciaba como el 95% de los soldados estadounidenses en Irak utilizaba el correo electrónico, y que dos tercios lo utilizaban al menos tres veces a la semana.²¹ Su utilización no sólo ha incrementado y acelerado la circulación de información entre los soldados y sus círculos familiares y sociales, sino que el flujo sin restricciones de información ha tenido repercusiones en el propio desarrollo de las operaciones. De hecho, los correos, relatos e imágenes proporcionadas por los combatientes no sólo se han convertido en una fuente primordial para conformar la percepción popular sobre el desarrollo del conflicto, sino que determinados de estos materiales se han convertido en puntos centrales de la evolución de la guerra. Así por ejemplo, algunas de las informaciones que más han dañado la imagen de EE. UU. y sus aliados fueron originadas por materiales obtenidos y difundidos por los propios soldados, como las tristemente famosas fotografías de torturas a los prisioneros iraquíes de la prisión de Abu Ghraib, u otras imágenes similares. Estos nuevos, y en ocasiones involuntarios, periodistas amateur, no sólo se han convertido en una nueva fuente de información sobre el desarrollo del conflicto, sino que en un contexto de extremada peligrosidad para el movimiento y desempeño profesional de los miembros de los medios de comunicación, los «soldados-periodista» se han convertido en la casi única fuente primaria de información y materiales «noticiables».

En plena era de Internet, la relevancia de una acción armada no se mide tanto por su envergadura, o por las consecuencias que pueda generar sobre

²⁰ Rid, Thomas (2007): «War 2.0», *Policy Review*, (Web Special – February), en: <http://www.hoover.org/publications/policyreview/5956806.html>

²¹ Ricks, Thomas E. (2006): *Fiasco. The American Military Adventure in Iraq*, Nueva York, The Penguin Press, p. 306.

el conjunto de conflicto, sino que es evaluada en función del tipo de imágenes que pueda generar, y por tanto del tipo de cobertura mediática que reciba. Eso implica que cualquier tipo de acción bélica, por insignificante que sea, tiene consecuencias potencialmente estratégicas en función del tipo de imágenes que origine. La consecuencia lógica es que los mandos militares que actúan sobre el terreno perderán autonomía, viéndose continuamente emplazados a solicitar autorizaciones al más alto nivel en función de la posible trascendencia de sus actos.²²

3.4. La Red «simetriza» las capacidades informativas de los contendientes

Una de las ventajas tradicionales del Estado-nación frente a cualquier otro tipo de forma de organización política o social ha sido precisamente su capacidad para lograr la máxima acumulación de recursos para hacer frente a los costes de la guerra moderna. Los Estados más eficientes en este cometido conseguían a su vez generar los suficientes ingresos para financiar el desarrollo y adquisición de programas de armamento que propiciasen una ventaja estratégica frente a sus enemigos o potenciales competidores. Este cálculo, ha servido durante mucho tiempo como elemento de disuasión frente a grupos o actores armados, que han evadido el conflicto, conscientes de sus escasas posibilidades de éxito en semejantes condiciones de inferioridad material.

Este cálculo estratégico quedó debilitado a medida que la información empezó a convertirse en un elemento central. Muchos actores no estatales (incluyendo los grupos terroristas) iniciaron enfrentamientos contra Estados infinitamente más dotados materialmente, confiados en su capacidad para alcanzar a la opinión pública enemiga, y conseguir así la paralización de su maquinaria militar. La aparición y generalización de este tipo de conflictos asimétricos ha corrido paralela al desarrollo de las modernas tecnologías de la información.

Internet no es sólo una faceta más de esta tendencia, sino que es un instrumento dotado de la capacidad para simetrizar, y por tanto hacer irrelevantes las diferentes capacidades materiales de los contendientes. En este sentido, a pesar de que los Estados más poderosos tenían que «combatir informativamente» en cierta igualdad de condiciones con enemigos militarmente inferiores, la brecha tecnológica y de recursos podía marcar una

²² Brown, Robin (2003): «Clausewitz in the Age of CNN: Rethinking the Military-Media Relationship», en Norris, Pippa: *op. cit.*

ventaja decisiva. Así, por ejemplo, en la guerra del Golfo a inicios de la década de los noventa, aunque el gobierno de Saddam era capaz de mantener ciertas iniciativas informativas ciertamente efectivas, como la difusión de las imágenes y las confesiones derrotistas de soldados enemigos capturados, o centrar la atención de la prensa internacional sobre las víctimas civiles causadas por los ataques aliados, sus limitadas capacidades militares no le permitían conseguir determinados productos informativos sólo al alcance de su hipertecnificado enemigo estadounidense. Así, por ejemplo, uno de los principales elementos que utilizó EE. UU. para legitimar su posición y la propia moralidad de su intervención militar fue transmitir la idea de que su ofensiva no iba dirigida contra el pueblo iraquí, sino contra su opresiva y dictatorial élite dirigente. Esto sería posible gracias a que su superioridad armamentística y militar hacía factible discriminar minuciosamente los objetivos a batir. Esta afirmación se fundamentaba en imágenes como las captadas por las llamadas «bombas y misiles inteligentes», capaces no sólo de alcanzar su objetivo con una precisión milimétrica sino, lo que es más importante, de transmitir en directo las secuencias del ataque. A pesar de que sólo el 8% de la munición utilizada en esta guerra podía catalogarse como «inteligente», frente a la gran mayoría de bombas utilizadas, muy similares a las empleadas en la guerra de Vietnam,²³ la percepción dominante fue precisamente la del carácter quirúrgico de la intervención.

Las cadenas de televisión no sólo se dejaron seducir por las espectaculares imágenes de misiles capaces de penetrar por las ventanas y puertas de los edificios atacados, sino que éstas fueron las únicas imágenes disponibles para ilustrar la ofensiva americana, mientras que la gran mayoría de los bombardeos «tradicionales» (causantes de la gran mayoría de víctimas civiles) no alcanzaban la categoría de noticia debido a la dificultad para obtener dichas imágenes. Esta capacidad para controlar el flujo de información sobre el conflicto ha llevado a algunos autores a considerar, por ejemplo, que la cobertura televisiva de la primera guerra del Golfo, no sólo despojó al conflicto del horror y la violencia del combate, sino que transmitió una visión idealizada y estéticamente atractiva de la guerra.²⁴

Sin embargo, Internet ha permitido a los contendientes más débiles eliminar esta asimetría informativa. Cualquier Estado o grupo armado, por débil que sea, tiene la capacidad de generar en todo momento el tipo de

²³ Taylor (2003): *op. cit.*, p. 289.

²⁴ Bennett, W. Lance y Paletz, David L. (ed.) (1994): *Taken by Storm. The Media, Public Opinion, and U. S Foreign Policy in the Gulf War*, Chicago, The University of Chicago Press, p. 155.

imágenes que le permitirán llevar la iniciativa en el relato del conflicto. Integrando efectivamente en su estrategia el aspecto informativo con el desarrollo de sus operaciones armadas, tanto los grupos insurgentes y terroristas en Irak, Al Qaeda en Afganistán, o Hezbollah en el Líbano, han sido capaces de replicar con un coste económico prácticamente nulo las virtudes de este costoso armamento inteligente de los noventa. El verdadero valor de cualquier acción armada no reside tanto en su capacidad para agotar material y físicamente a un enemigo infinitamente superior, sino que depende de su habilidad para generar las imágenes que alimenten la lógica de un conflicto, donde las verdaderas batallas no tienen lugar en las calles iraquíes, afganas, o libanesas, sino en los hogares de la opinión pública internacional, la cual forma buena parte de sus juicios sobre la realidad, recurriendo a narraciones y documentos como los que elaboran los propios insurgentes y terroristas. El impacto de este tipo de materiales y su capacidad para nivelar el conflicto puede apreciarse en las declaraciones de un oficial de inteligencia estadounidense en Irak cuando afirmaba que: «uno solo de estos videos es peor que una división de tanques enemiga».²⁵

3.5. Internet multiplica el número de actores con capacidad de influencia sobre el conflicto

Internet tiene su desarrollo natural en la llamada «sociedad en red». Un concepto utilizado por las más diversas disciplinas para describir aquellos sistemas sociales y económicos en los cuales sus actores están vinculados unos a otros a través de todo un conjunto de relaciones formales e informales de comunicación e intercambio. El concepto de red se contrapone a aquellos sistemas de relaciones basados en un conjunto institucionalizado de reglas formales. En las redes predomina el voluntarismo y la actuación conjunta de diversos actores que pueden cooperar persiguiendo distintos (aunque compatibles) objetivos.²⁶ Aunque las redes han sido formas muy antiguas de la actividad humana, dichas redes han cobrado nueva vida e importancia al convertirse en redes de información, impulsadas por las nuevas tecnologías de la información, entre las que destaca Internet.

Las redes también tienen una importantísima vertiente relacionada con

²⁵ Johnson, Scott. (2007): «We're Losing the Infowar», en *Newsweek*, n.º 15. Disponible en <http://www.newsweek.com/id/56592>

²⁶ Eilstrup-Sangiovanni, Mette (2005): «Transnational Networks and New Security Threats», en *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 18, n.º 1, abril, pp. 7-15.

la seguridad y la propia naturaleza de los conflictos bélicos. Dos de los autores que más han estudiado esta dimensión han sido los norteamericanos John Arquilla y David Ronfeldt,²⁷ a través del concepto de *netwar*. Según ellos, la revolución en las tecnologías de la información favorece la aparición de formas de organización en red, y permite que grupos pequeños, y en otro tiempo aislados, puedan comunicarse y coordinar sus acciones. Todo ello da lugar a una nueva forma de conflicto donde los protagonistas utilizan la estructura de red en su organización, doctrina y funcionamiento. Las redes se adaptan mejor y más rápidamente que las jerarquías a los cambios en el entorno. Procesan la información con más celeridad y no dependen de un centro único (que se puede bloquear por el exceso de información) para responder a las necesidades que se plantean. Por otra parte, las redes tienen ventajas desde el punto de vista de su durabilidad. Al ser estructuras sin un centro preciso y con mayor redundancia, son más difíciles de decapitar. Las funciones de los nodos destruidos pueden ser asumidas por otras células de la organización y las conexiones dañadas, reconstruidas a través de rutas alternativas. Así por ejemplo, se calcula que mientras que los ejércitos de la era industrial eran capaces de resistir unas bajas del 30% antes de resultar **inefectivos** como unidad militar, las redes en cambio son capaces de soportar un 70% de bajas y mantener sus capacidades operativas.²⁸

Sin embargo, más allá de las ventajas que la organización en red proporciona, la aparición de este tipo de «conflictos en red» tiene enorme repercusiones desde el punto de vista de la gestión estratégica de la información. Por un lado, los contendientes en red pueden producir, diseminar e interactuar informativamente con una mayor celeridad y eficacia, que un contendiente estructurado jerárquicamente. En este último, sus operaciones informativas son el producto de un proceso de aprobaciones múltiples dentro de una estricta cadena de mando. Sin embargo, la principal repercusión informativa que plantea este tipo de conflictos es comprobar cómo Internet ha «abierto el juego» a un número ilimitado de actores con capacidad real de influencia. La pugna informativa no está protagonizada ya de manera exclusiva por los contendientes directamente implicados en el conflicto armado, sino que cualquier sujeto o entidad, independientemente de su naturaleza y objetivos, puede realizar su contribución a la batalla infor-

²⁷ Arquilla, J. y Ronfeldt, D. (eds.) (2001): *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*, Santa Monica, RAND Corporation, pp. 1-25.

²⁸ Mcallister, Brad (2004): «Al Qaeda and the Innovative Firm: Demythologizing the Network», en *Studies in Conflict & Terrorism*, vol. 27, n.º 4, julio-agosto, pp. 297-319.

mativa. Puesto que su actuación no necesariamente es fruto de plan de actuación o de la coordinación entre los diferentes nodos de la red, la participación en el conflicto puede adoptar múltiples formas.

Muchos de estos intervinientes espontáneos pueden tratar de reforzar la postura de uno de los contendientes, replicando y dando mayor difusión a sus productos informativos. Otros pueden tratar de realizar una contribución más sustancial, creando nuevos productos informativos, fruto de su propia creatividad o de la reelaboración del material disponible. Esto es lo que ha sucedido, por ejemplo, con muchos de los ciber-partidarios de los grupos insurgentes y terroristas de inspiración yihadista. Una serie de individuos ubicados en zonas muy alejadas del escenario del conflicto que, sin poseer ningún tipo de contacto y conocimiento de los activistas de estas organizaciones, han decidido realizar su particular contribución replicando en nuevas páginas webs y foros los contenidos propagandísticos elaborados por estos grupos, o incluso elaborando nuevos productos audiovisuales a partir de la temática y los materiales elaborados por los que sí están combatiendo materialmente en el conflicto. Ya que dichas actuaciones, más que coordinadas están «inspiradas» en las actuaciones previas y las líneas estratégicas marcadas por los actores principales del conflicto, estas aportaciones fruto de iniciativa individuales pueden ser tanto un «multiplicador de fuerza» como un retroceso estratégico para los contendientes.²⁹

Una de las principales enseñanzas de los conflictos en la era de la información es el hecho de que no siempre se puede presumir una intencionalidad a los actores que terminan protagonizando informativamente el conflicto. En ocasiones se pueden convertir en protagonistas involuntarios del mismo, a partir de actuaciones que buscan finalidades radicalmente distintas. Un buen ejemplo vuelve a ser el caso de las fotografías de torturas a presos iraquíes en Abu Ghraib. Los responsables de la creación y difusión de este tipo de material fueron los propios soldados americanos. Sin embargo, con su acción lejos de buscar erosionar la imagen de su propio bando perseguían únicamente regocijarse con otros compañeros y amigos, sin que en ningún momento llegaran a considerar que podrían originar unas repercusiones catastróficas, tanto para ellos, como para el propio bando en el cual están combatiendo.

²⁹ Torres, Manuel R (2008): *El eco del terror. Ideología y propaganda en el terrorismo yihadista*, Madrid, Síntesis.

BIBLIOGRAFÍA

- ARQUILLA, J. y RONFELDT, D. (eds.) (2001): *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*, Santa Monica, RAND Corporation.
- BENNETT, W. Lance y PALETZ, David L. (ed.) (1994): *Taken by Storm. The Media, Public Opinion, and U. S. Foreign Policy in the Gulf War*, Chicago, The University of Chicago Press.
- CASTELLS, Manuel (2001): *La galaxia Internet*, Barcelona, Areté.
- COMBELLES SIEGE, Pascale (1998): *Target Bosnia: Integrating Information Activities in Peace Operations*, Washington D. C., CCRP/NDU.
- CORMAN, Steven R.; HESS, Aaron y JUSTUS, Z. S. (2006): «Credibility in the Global War on Terrorism: Strategic Principles and Research Agenda», en *Consortium for Strategic Communication — Arizona State University*, Report #0603, 9 junio.
- EILSTRUP-SANGIOVANNI, Mette (2005): «Transnational Networks and New Security Threats», en *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 18, n.º 1, abril, pp. 7-15
- HOGUE, James F. Jr. (1994): «Media pervasiveness», en *Foreign Affairs*, vol. 73, n.º 4, julio-agosto, pp. 136-144.
- JOHNSON, Scott. (2007): «We're Losing the Infowar», en *Newsweek*, 15 junio. En <http://www.newsweek.com/id/56592>
- JORDÁN, Javier y CALVO, José Luis (2005): *El nuevo rostro de la guerra*, Pamplona, Eunsa.
- KURTH CRONIN, Audrey (2006): «Cyber-Mobilization: The New *Levée en Masse*», *Parameters*, verano, pp. 77-87.
- LEGUINECHE, Manuel y SÁNCHEZ, Gervasio (2001): *Los ojos de la guerra*, Barcelona, Random House Mondadori.
- LIBICKI, Martin: «The Emerging Primacy of Information», en *Orbis*, vol. 40, n.º 2, primavera 1996, pp. 261-276.
- MCALLISTER, Brad (2004): «Al Qaeda and the Innovative Firm: Demythologizing the Network», en *Studies in Conflict & Terrorism*, vol. 27, n.º 4, julio-agosto, pp. 297-319.
- MCLUHAN, Marshall y POWERS, Bruce R. (1989): *The Global Village: Transformations in World Life and Media in the 21st Century*, Nueva York, Oxford University Press.
- NAISBITT, John (1994): *Global Paradox*, Nueva York, William Morrow and Company, Inc.
- NORRIS, Pippa; MONTAGUE, Kern y JUST, Marion (eds.) (2003): *Framing Terrorism. The News Media, the Government, and the Public*, Nueva York, Routledge.

- NYE, Joseph S (2003): *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid, Taurus.
- PAYNE, Kenneth (2005): «The Media as an Instrument of War», en *Parameters*, primavera.
- RICKS, Thomas E. (2006). *Fiasco. The American Military Adventure in Iraq*. New York, The Penguin Press.
- RID, Thomas (2007): «War 2.0», en *Policy Review* (Web Special — February), en <http://www.hoover.org/publications/policyreview/5956806.html>
- SARTORI, Giovanni (1998): *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus.
- TAYLOR, Philip M. (1997): *Global communications, International Affairs and the Media since 1945*, Nueva York, Routledge.
- TAYLOR, Philip M. (2003): *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Era*, Manchester, Manchester University Press.
- TOFFLER, Alvin y Heidi (1994): *Las guerras del futuro*, Barcelona, Plaza & Janés.
- TORRES, Manuel R. (2008): *El eco del terror. Ideología y propaganda en el terrorismo yihadista*, Madrid, Síntesis.
- WENGER, Andreas (2001): «The Internet and the Changing Face of International Relations and Security», en *Information & Security*, vol. 7, pp. 5-11.